

Prólogo

.....

Érase una vez, en el pequeño reino de Beaumontagne, vivía una princesa que decidió que, de mayor, se dedicaría a luchar contra los dragones. Sus dos hermanas mayores le dijeron que sólo los príncipes luchaban contra los dragones, pero la princesa Amy se negó a escuchar a aquellas pesimistas. No era una chica como las demás. Le encantaba correr y gritar, pretender que un palo era una espada y dedicarse a luchar con las armaduras alineadas a ambos lados de los grandes pasillos de mármol, subirse a los viejos robles y rasgarse los vestidos de seda.

Por desgracia, el único dragón con el que tenía que batallar era su abuela, una formidable anciana con unas opiniones muy firmes sobre cómo debía comportarse una princesa. A pesar de los múltiples intentos de derrotar a la abuela, Amy siempre acababa comportándose como debía... o en los hombros de algún fornido lacayo, pataleando y gritando, mientras sus hermanas lloraban y su padre, el rey, la miraba preocupado.

Amy odiaba a su abuela, el dragón, y por la noche, en la cama deshecha, rezaba para que la abuela muriera. Amy sabía que era perversa, pero no le importaba. Odiaba a la abuela. La odiaba, la odiaba, la odiaba.

Y entonces, un día, el rey envió a las princesas al extranjero. Se acabaron las banderas en alto cuando Amy pasaba por delante, se

acabaron los interminables barandales que tentaban a una princesa a deslizarse por ellos, se acabaron los ponis, las niñeras y los juegos. Amy sabía que quien las había mandado al extranjero no había sido su padre. Estaba segura que la culpable había sido su malvada abuela, y a ella la culpó, porque las había enviado a la fría y sombría Inglaterra; por su propia seguridad, les había dicho. Separó a la princesa Sorcha de sus hermanas Amy y Clarice. A ellas las envió a un internado donde a nadie le importaba si Amy quería luchar contra dragones o si se comportaba como una princesa.

Y entonces, un día, recibieron las peores noticias del mundo. El rey había muerto, lo habían matado en la guerra y Amy se dio cuenta que había sido culpa suya. De algún modo, su malvado deseo se había saltado a la abuela y había matado a su padre. Amy tenía que encontrar el modo de arreglarlo.

Por aquel entonces, tenía nueve años. Entonces, dejó de fingir que luchaba contra dragones y empezó a enfrentarse a ellos de verdad.

.....Capítulo 1.....

Devon, Inglaterra, 1810

Si Jermyn Edmondson, el marqués de Northcliff, hubiera sabido que lo iban a secuestrar, no hubiera salido a dar un paseo.

O quizá sí. Necesitaba un poco de emoción en su vida.

Se quedó mirando muy serio el banco de niebla que se acercaba por encima del revuelto océano verde y que cubría la isla de Summerwind. A sus pies, las olas rompían con fuerza contra las rocas del acantilado. El viento le agitaba el pelo y le levantaba los laterales del sobretodo desabrochado como si se trataran de las alas de un ave marina negra. La sal le provocaba picor en la nariz y las gotas de la espuma marina le mojaban la cara. En ese rincón de Devon todo era salvaje, fresco y libre... excepto él.

Estaba atado a ese lugar. Y estaba aburrido.

Indignado, dio la espalda a las constantes, tediosas y rompedizas olas y se dirigió hacia el jardín, donde los azafranes de primavera habían empezado a verdear en la tierra estéril.

Sin embargo, la visión de los pequeños puntos dorados y violetas en medio del apagado y marrón manto invernal no le produjo ningún placer. En aquella propiedad no había nada con lo que un hombre de sus intereses pudiera entretenerse. Lo único que animaba un poco las noches eran los bailes, abarrotados de señores cam-

pechanos, debutantes nerviosas y madres ladinas a la caza de un título para sus hijas.

Y, aunque había decidido que ya tenía edad de casarse, por eso le había pedido a su tío Harrison que le facilitara una lista de las jóvenes solteras y le propusiera una que pudiera ser una buena esposa, no aceptaría como compañera para toda la vida a una chica que considerara que un largo paseo por un camino bucólico era entretenido.

Así pues, a menos que pudiera salir a montar o a navegar, y el accidente con el carruaje que había sufrido hacía dos meses había reducido de forma brusca las posibilidades de cualquier actividad física, los días se hacían interminables, eternos, llenos de largos paseos al aire libre. Y de lectura.

Miró el libro que tenía entre las manos. Dios santo, estaba harto de leer. Además, los periódicos de Londres no llegaban con regularidad. Incluso había empezado a leer en latín, cosa que no había hecho en los últimos trece años. Desde la muerte de su padre. Desde que había dejado este lugar para siempre.

¡Ojalá se hubiera mantenido alejado para siempre!

El orgullo lo había hecho marcharse de Londres. Detestaba ser un inválido, y todavía detestaba más ser el centro de la empalagosa atención mientras se recuperaba. Cuando el tío Harrison le había propuesto que viniera a descansar a la abadía de Summerwind, Jermyn pensó que no era tan mala idea.

Ahora ya no estaba tan seguro.

En la glorieta se sentó en una silla de mimbre y se rascó el muslo lesionado. En el accidente, había sufrido una grave fractura y el médico de pueblo al que había llamado hacía dos noches le había dicho con su tosco acento de Devon: «La mejor medicina es el tiempo y el ejercicio. Camine hasta que se le canse la pierna, pero no la fuerce. Camine por un terreno plano. Si cae y vuelve a romperse el hueso recién colocado, se arriesga a sufrir daños permanentes».

Jermyn lo echó con un gruñido. No ayudó el hecho que, el día anterior, hubiese decidido bajar por el empinado y sinuoso camino que llevaba hasta la playa y se hubiera caído pues la pierna todavía estaba muy débil. Le costó un mundo llegar hasta la casa. Y fue ese

dolor el que lo hizo llamar al médico, así que ahora no le hacía ninguna gracia que le dijeran que tendría que dedicarse a pasear por la galería, como una viuda o un niño.

Abrió el libro y se permitió perderse en la historia de *Tom Jones*, una historia de cuando Inglaterra era verde y cálida y la juventud era un bien que había que saborear.

Las entretenidas aventuras escritas por Fielding lo capturaron en contra de su voluntad hasta tal punto que dio un respingo cuando alguien dijo:

—¿Milord?

En la puerta de la glorieta había una doncella con un vaso en una bandeja y, ante el gesto con la cabeza de Jermyn, se acercó, ofreciéndoselo.

Él se dio cuenta de tres cosas. Jamás hasta ahora la había visto. El vestido azul que llevaba era muy viejo, mientras que la cruz que llevaba colgada del cuello era excepcionalmente refinada. Y lo miraba a los ojos sin ningún tipo de deferencia mientras le ofrecía la bebida.

Él no cogió el vaso de inmediato. En lugar de eso, se quedó contemplando su pálida piel, que contrastaba mucho con la piel bronceada de las ordeñadoras locales. Tenía los ojos de un color verde muy poco habitual, como el mar revuelto ante la inminente llegada de una tormenta. Tenía el pelo negro, recogido en un moño alto y varios mechones rizados se habían escapado de la cinta que los aprisionaba. Apostaría que todavía no había cumplido los veinte; era bonita, tanto que le extrañaba que ningún granjero le hubiera propuesto matrimonio. Sin embargo, su expresión era severa, incluso austera.

Quizás aquello explicaba su soltería.

Sin que le diera permiso, la chica habló:

—Milord, debe bebérselo. Se lo he traído expresamente. Le hará bien.

Entre enfadado y divertido, Jermyn dijo:

—Yo no te pedí que me lo trajeras.

—Es vino —dijo ella.

Era una muchacha muy descarada que no tenía los modales que

él exigía a sus criados. Pero era nueva. A lo mejor tenía miedo de las represalias del mayordomo si regresaba a la casa con el vaso intacto.

—Está bien. Lo acepto —levantó el vaso pero se detuvo cuando vio que ella no le quitaba los ojos de encima, como si esperara a que bebiera un sorbo. Con un tono muy cortante, añadió—. Es todo.

Ella dio un respingo como si, de repente, la presencia del marqués la hubiera sorprendido, como si hubiera olvidado que era un noble de verdad al que debía temer y obedecer. Lo miró, hizo una delicada reverencia y se retiró, sin apartar la mirada del vaso.

Él se aclaró la garganta.

Ella lo miró a los ojos y a Jermyn le pareció ver un destello de amargo resentimiento.

Y entonces, con un movimiento brusco de cabeza, se alejó corriendo por el jardín.

Aunque lo más interesante fue que, en vez de dirigirse hacia la casa, se dirigió hacia la playa y se movía con el paso firme y seguro de una señora que controla todo lo que sucede a su alrededor. Jermyn tendría que hablarle de ella al mayordomo. Esa muchacha tenía que aprender a cumplir de inmediato sus obligaciones... y a tratar al señor de la casa con el respeto que se merecía.

Cuando la perdió de vista, bebió un largo sorbo de vino y empezó a toser. Levantó el vaso y observó el color rojizo del líquido. ¡Ese vino estaba amargo! ¿Cuánto tiempo llevaba en la bodega?

Obviamente, durante su ausencia, el mayordomo se había relajado mucho: había contratado a criadas impertinentes y ahora servía vinos rancios. Decidido a hablar con él cuando volviera a casa, se concentró en la lectura.

Las letras se movían. Parpadeó. Y la página se estaba volviendo borrosa.

Levantó la vista y volvió a parpadear. Ah, claro. El sol se estaba poniendo y la niebla empezaba a invadir la tierra, trayendo consigo el brillo que parecía cubrirlo todo bajo el eterno invierno de Devon.

Era gracioso que los recuerdos de infancia que guardaba de ese lugar fueran tan distintos. Recordaba largos días de sol, paseando con su padre o charlando amigablemente con las visitas. Recordaba

salvajes tormentas que traían la emoción de los aullidos del viento y las olas que rompían contra las olas. Recordaba el aroma de las flores en primavera y la hierba debajo de su cuerpo mientras rodaba colina abajo.

Meneó la cabeza. Evidentemente, aquellos recuerdos eran las preciosas memorias de una infancia muy lejana.

El vino amargo le había dado más sed y, a regañadientes, bebió otro sorbo. La textura era casi arenosa y tenía un sabor repugnante, así que, con un gesto de asco, vació lo que quedaba en la copa en los rododendros que rodeaban la glorietta.

Vio que había empezado a sudar. ¿Acaso había cruzado por el jardín una repentina oleada de calor, como si la primavera se hubiera avanzado? Sacó el pañuelo del bolsillo y se secó la cara. Luego, se quitó el sobretodo de los hombros y lo dejó arrugado en el respaldo de la silla.

Cuando volvió a mirar al libro, vio que las letras se movían de forma errática. El sol debía de esconderse más deprisa de lo que él pensaba porque no había otra explicación para aquello.

Intentó cerrar el libro, pero se le escapó de los dedos que, de repente, eran muy torpes. Se notó la lengua muy grande. Levantó la cabeza para poder mirar hacia el jardín, pero tardó una eternidad en realizar el gesto. La niebla se estaba levantando y le estaba nublando la visión.

¿O acaso estaba mareado por el vino?

El vino...

Una aterradora certeza se apoderó de él. Se levantó y empezó a tambalearse. El vino estaba envenenado.

Se estaba muriendo.

Cuando el carruaje había perdido una rueda y salió disparado de la carretera entre Londres y Brighton, había pensado que iba a morir. Pero esto... esto era más insidioso, más...

El suelo empezó a ondularse bajo sus pies, desafiándolo. Perdió el equilibrio y se cayó, dándose un golpe que hizo temblar las tablas del suelo del cenador y que Jermyn notó, aunque de forma un poco inconsciente, en el muslo lesionado.

—Ayuda —intentó gritar.

Escuchó gente gritando y corriendo...

Ya venían a socorrerlo.

Una voz masculina con acento de Devon dijo:

—Ha funcionado, señorita Rosabel. Ha funcionado.

Jermyn abrió los ojos. Delante de la nariz, tenía un par de enormes botas viejas. Con un gran esfuerzo, se giró y su mirada subió por las piernas, el cinturón y, mucho más arriba, hasta el rostro franco y serio. Y allí estaba, un gigante, un hombre corpulento con las manos enormes y la expresión seria.

Aquello no era ayuda. Era peligro.

¿Qué querría ese gigante?

Y entonces, Jermyn vio a la chica que acompañaba al gigante. Una doncella hermosa. Una chica con una mirada verde muy directa que parecía abrasarle el alma. Llevaba un vestido azul muy viejo. Ya la había visto antes.

—Nos está mirando —retumbó la voz del gigante—. ¿Por qué no está inconsciente?

—No se lo ha debido de beber todo —respondió la chica—. Pero no pasa nada. Así también serviré. Envuélvelo. Acabemos con esto antes de que alguien venga a ver cómo está.

Era la criada que le había traído el vino. Lo había engañado. Lo había envenenado.

La chica sacó un puñal con una hoja tan brillante y puntiaguda que Jermyn sólo podía ver la punta.

Iba a matarlo...

Él quería defenderse, pero las extremidades le pesaban demasiado y no podía moverlas. Intentó maldecir, pero no podía articular palabra.

La chica sacó una hoja de papel de la pechera del vestido, lo colocó en la mesa junto al libro que Jermyn estaba leyendo y lo clavó a la madera con el puñal con un movimiento rápido y seco.

El gigante desplegó una tela blanca.

Aquella gente, aquellos asesinos estaban hablando y, sin embargo, Jermyn no podía entender ni una palabra entre el ruido que es-

cuchaba. Notaba que el corazón le latía cada vez más despacio. Y la sangre aminoraba la velocidad por sus venas.

La muerte se acercaba.

Cerró los ojos por última vez.

Lo habían asesinado en su propio jardín.

Capítulo 2

La próxima vez que la princesa Amy Rosabel decidiera secuestrar a un noble, se aseguraría de que pesara menos.

De lejos, lord Northcliff no parecía corpulento ni impresionante pero, de cerca, era desconcertantemente musculoso y, cuando le había servido el vino, vio que le sacaba casi un palmo.

Ahora, en la glorieta, y mientras miraba su cuerpo inerte en el suelo, susurró:

—Es tan grande como una ballena embarrancada.

Pomeroy Nodder, el hombre más taciturno que jamás había conocido, dijo:

—Como una ballena no, señorita. Él no tiene ni un gramo de grasa. Pero sí que es grande. Siempre lo fue, incluso de niño.

Los últimos rayos de sol atravesaron las nubes de niebla y tiñeron a lord Northcliff de dorado. Tenía el pelo de un color caoba muy intenso y las cejas oscuras y ligeramente puntiagudas, dándole una expresión de diabólica burla. Incluso inconsciente, conseguía parecer desdeñoso.

Al diablo con su desdén. Se acarició la cruz de plata de Beaumontagne que llevaba colgada del cuello para invocar a la suerte. Ahora el marqués estaba en su poder y le haría pagar su traición.

Pom gruñó mientras envolvía a lord Northcliff en la tela blanca.

—Écheme una mano, señorita, ¿quiere?

Amy se arrodilló y ayudó a Pom a envolver a lord Northcliff con una manta y el esfuerzo la hizo sudar de una forma nada femenina. Su refinada abuela no aprobaría aquella inapropiada transpiración, pero su abuela estaba a miles de kilómetros, en el lejano reino de Beaumontagne, en los Pirineos y, con un poco de suerte, allí se quedaría. Sólo pensar en aquella severa mujer hizo que sudara todavía más.

Mientras Pom cargaba a lord Northcliff a la espalda, como un saco de patatas, Amy cogió el sobretodo del marqués. Arrastrándolo, siguió a Pom mientras él se llevaba al pesado milord por el empinado camino que bajaba hasta la playa.

El sobretodo pesaba mucho y Amy casi tenía que correr para seguirle el ritmo a Pom. Era un hombre corpulento, un pescador que se ganaba la vida recuperando redes llenas de sardinas, e incluso él estaba jadeando cuando sus pasos hicieron crujir las piedras de la playa.

Desde el bote que estaba escondido entre la niebla, la temerosa voz de la señorita Victorine Sprott gritó:

—¿Quién... Quién anda ahí?

—Somos nosotros. Lo tenemos —gritó Amy—. Vamos a subirlo a la barca.

—¿Por qué habéis tardado tanto? Estaba aquí sentada imaginándome unas cosas terribles —la señora mayor parecía aliviada y preocupada a la vez.

Amy sujetó el bote mientras Pom subió por la proa, y luego corrió a ayudarle a depositar al marqués en el fondo de la embarcación.

—Todo ha salido como lo planeamos —le aseguró a la señorita Victorine.

La mujer no había estado muy segura de todo aquel plan, así que tenían que ir tranquilizándola a cada paso.

En realidad, Amy estuvo más nerviosa durante la ejecución del plan de lo que había imaginado... y eso que era su plan.

—Con suavidad. ¡Depositadlo en el suelo con suavidad! —exclamó la señorita Victorine.

Los doloridos brazos de Amy no pudieron aguantar más el peso y lo soltó de golpe cuando todavía faltaban unos pocos centímetros. Bueno, igual no fueron tan pocos. A pesar de todo, se negaba a re-

prochárselo, incluso cuando lord Northcliff despertó de las profundidades de su inconsciencia para gruñir.

—¡Con cuidado! —le reprendió la señorita Victorine—. Es nuestro señor.

Amy se giró.

—Un señor que se ha portado de una forma abominable con sus súbditos.

—No ha sido tan malo —dijo la señorita Victorine.

—Abominable —insistió Amy.

—Pero sigue siendo nuestro señor —la voz de la señorita Victorine adquirió un tono impaciente.

—El mío, no —respondió Amy, muy seria.

Pom se quejó al incorporarse y estirar la espalda.

—Siéntese encima de los cabos, señorita Rosabel. Será mejor que lo llevemos a la isla antes de que se despierte o seremos testigos de cómo expresa su descontento.

—El muy arrogante canalla seguro que hundía el bote y nos hundía a todos — dijo Amy, mientras colocaba el sobretodo encima de los cabos y se sentaba para afrontar la travesía de tres kilómetros.

—No es tonto —dijo la señorita Victorine—. No provocaría su propio ahogamiento. Aunque es cierto que tiene muy mal carácter. ¿Y si te hubiera disparado? ¿Y si los criados te hubieran descubier-to y te hubieran disparado? ¿Y si...?

—Olvídese de eso. Al final, aquí estamos, tal y como habíamos planeado —le dijo Amy a la anciana, para tranquilizarla—. Todo irá bien, señorita Victorine, se lo prometo. ¡No pierda los nervios ahora!

Pom saltó del bote al agua y empujó la barca mar adentro. Volvió a subir al bote con un movimiento experto y se encargó de los remos.

—Estaremos en casa dentro de nada.

«Casa» era la isla de Summerwind, otra de las propiedades de lord Northcliff. Otra de las obligaciones abandonadas de lord Northcliff.

El bote surcó las olas y se adentró en el mar. Amy escuchaba atentamente el romper de las olas contra el bote y la respiración estentórea de lord Northcliff. Una creciente sensación de urgencia se estaba apoderando de ella. Ojalá que Pom las llevara a casa cuanto antes. Era demasiado aterrador pensar que lord Northcliff pudiera despertarse antes de que lo tuvieran bien atado. Ya se había quedado paralizada ante la mirada directa de sus extraños ojos marrones claros, y no deseaba volver a experimentar aquella sensación. Pensó que le recordaba muchísimo al tigre que había visto de pequeña. Era grande, precioso, salvaje y peligroso, todo colmillos y crueldad, ajeno a la carnicería que dejaba tras de sí mientras se alimentaba y se divertía.

El sol ya se había escondido y ahora el cielo estaba teñido de un color gris plata. La niebla que los rodeaba era cada vez más espesa. Y entonces, algo frío y blando le rozó la mejilla.

Ella dio un respingo y, al irlo a apartar, se encontró con la mano de la señorita Victorine.

La anciana apretó los dedos de Amy y susurró:

—Lord Northcliff está muy quieto. No estará muerto, ¿verdad?

—Si el marqués estuviese muerto, sólo tendría su merecido —respondió Amy, en voz alta.

La señorita Victorine emitió uno de sus gorgoros de preocupación.

—Lord Northcliff no está muerto. La marcofilia no mata, sólo deja inconsciente —dijo Amy, con una voz más suave.

—Pero es que como está envuelto en esa tela blanca, como si fuera la mortaja —a la señorita Victorine, el plan de Amy no le había hecho ninguna gracia desde el principio, y ahora que estaba en marcha, estaba convencida que tenía la sogas colgando detrás del cuello.

—Muerto no nos sirve para nada —le explicó Amy por centésima vez—. Sólo podremos pedir un rescate si está vivo. Además... ¿no escucha sus ronquidos?

La señorita Victorine se rió, nerviosa.

—¿Es él? Pensaba que era Pom jadeando por el esfuerzo de remar —bajó la voz, como si temiera que alguien pudiera escucharla, y dijo—. ¿Has dejado la carta?

—Sí —con satisfacción, Amy pensó en el puñal clavado en aquella nota que con tanto cuidado habían redactado. Se preguntó cuánto la encontrarían los criados. Supuso que tardaría un día hasta llegar a las manos del señor Harrison Edmondson. Y luego, dos días más hasta que el dinero llegara al lugar de la entrega: el ruinoso castillo de la isla de Summerwind.

A Amy la fascinaba la ironía de hacer que les trajeran el dinero hasta allí, hasta el antiguo hogar de la orgullosa familia Edmondson. Y todavía la fascinaban más los túneles que comunicaban todo el castillo y que le permitirían recoger el rescate sin que la vieran.

Las olas arrastraron el bote hasta la playa de la isla y, mientras rozaban la arena, Amy contuvo la respiración. Ya casi habían llegado.

Pom saltó al agua y arrastró el bote hasta tierra firme, y luego volvió a subir. Con la ayuda de Amy, se colocó el cuerpo envuelto en la tela blanca encima del hombro.

Cuando lord Northcliff volvió a gruñir, la señorita Victorine gimió otra vez.

—Parece que le duele algo, al pobre.

—Ya tengo cuidado, señorita Sprott —el pescador bajó del bote y se quedó de pie en la playa—. Amárrelo, por favor, señorita Rosabel —dijo, por encima del hombro.

Amy saltó a la playa, cogió el cabo y arrastró el bote hasta más allá de la línea de la marea. Mientras ayudaba a la señorita Victorine a bajar del bote, la anciana dijo:

—Espero que lord Northcliff no se enfade con nosotros.

Amy pensó que iba a hacer algo más que enfadarse. Supuso que se pondría furioso. Un hombre tan rico e influyente no se iba a tomar demasiado bien su actual estado de impotencia. Y un hombre tan obsesionado con el dinero que incluso era capaz de robarle un invento a una anciana seguro que echaría espuma por la boca ante la idea de desprenderse de una insignificante parte de su fortuna obsesivamente inmensa.

Amy se rió. Bueno, no tan insignificante.

Pero no se lo dijo a la señorita Victorine. En lugar de eso, comentó:

—Debe admitir que es justo pedir un rescate a cambio de la vida del hombre que le robó su idea.

—Sí, sí, ya lo sé, querida, tienes razón. Mucha razón. Pero generaciones de Sprott han vivido en mi casa, y siempre con el permiso del marqués de Northcliff. Y, bueno, lo que estamos haciendo no es que sea del todo legal... secuestrar a lord Northcliff, me refiero.

«¿Del todo legal?» Una manera muy educada de decirlo.

—El marqués no es más que un bravucón que nos obliga a pagarle un alquiler de una casa vieja y ruinososa que incluso las vacas se avergonzarían de llamar hogar.

—A mí me gusta mi casa.

—Hay goteras en el techo.

—Así tenemos aire fresco.

—Señorita Victorine, eso no es aire fresco, es lluvia.

Pom las interrumpió.

—Señorita Rosabel, si ya ha terminado de amarrar el bote, lord Northcliff sigue pesando lo mismo que antes —dijo, y empezó a caminar hacia la vieja casa.

La señorita Victorine lo siguió.

Amy recogió el sobretodo y fue tras ellos por el camino de piedra que llevaba hasta las colinas verdes que rodeaban la isla de Summerwind.

De día, era un lugar muy bonito y bucólico, con árboles y vacas por todas partes. El pueblo estaba situado frente una pequeña cala en la playa. Sprott Hall estaba ubicada en un espacio aislado, rodeado por un manzanal. Y el ruinoso castillo, una silenciosa mole de piedras grises, se levantaba en el punto más elevado de la isla.

Sprott Hall había sido una casa preciosa pintada de blanco. De día, se podían admirar las rosas que escalaban la reja de la puerta y ver los restos de pintura verde en las contraventanas. El techo de paja estaba abandonado y una ventisca de invierno había roto los cristales de dos ventanas, que ahora estaban tapadas con harapos.

La señorita Victorine había vivido allí toda su vida, había crecido y había envejecido en la misma casa y la había visto deteriorarse

mientras toda su familia iba muriendo y lord Northcliff no prestaba ninguna atención al mantenimiento de sus propiedades.

Y, a pesar de todo, la anciana era el corazón del pueblo, era el alma caritativa que había acogido a Amy en su casa con los brazos abiertos cuando esta naufragó en la playa de Summerwind casi inconsciente y medio helada. Le había dicho a la señorita Victorine que no recordaba por qué iba vestida de pescador, pero era mentira. Recordaba perfectamente el salto desde la cubierta del barco cuando el capitán y la tripulación habían descubierto que el nuevo grumete era, en realidad, una chica.

Amy llegó a la conclusión que los hombres eran todos unos desgraciados y tardó casi un año desde su llegada a la isla en admitir, casi a regañadientes, que Pom era un buen hombre y que algunos de los demás pescadores también merecían elogios.

Sin embargo, la mayor lección de gentileza y compasión se la dio la señorita Victorine, y fue precisamente eso lo que la llevó a querer que se hiciera justicia con ella.

La señorita Victorine se adelantó para abrir la puerta. Un enorme gato negro se enredó en sus piernas y ella se agachó para cogerlo en brazos.

—*Coal*, precioso, ¿cómo estás?

El animal maulló y restregó la cabeza contra la barbilla de la anciana, luego se sentó en el hombro y se quedó allí como si fuera una bufanda de piel.

La señorita Victorine le rascó una pata.

—Ten cuidado de no darle ningún golpe en la cabeza a lord Northcliff, Pom. No queremos que se enfade.

—No, señora, no queremos que se enfade —Pom entró con el cuerpo a hombros y se quedó esperando mientras Amy entraba, tiraba el sobretodo al suelo y encendía un farol. El recibidor daba paso al salón y un pasillo oscuro conducía hasta las habitaciones. Sin embargo, Amy se dirigió hacia la cocina, en la parte trasera de la casa, con Pom y la señorita Victorine pisándole los talones. Pom tuvo que agacharse para bajar las escaleras que descendían hasta la bodega, con la tela enredándosele en los muslos y lord Northcliff inmóvil.

En la pequeña estancia excavada en la roca que había debajo de la casa, Amy y la señorita Victorine habían construido una habitación para el marqués. No tan grande como la que seguramente debía tener en su casa, pero bastaría para cubrir sus necesidades durante los tres o cuatro días que estaría allí. Había una cama, una mesa, una jarra y un lavamanos y una caja llena de libros polvorientos. Habían colocado el catre debajo de una ventana, por donde entraba luz natural. Debajo, había un orinal. Y, junto a la pared, una mecedora.

Y allí, sujeto a la pared, estaba el grillete de hierro que había rescatado del castillo Edmondson.

La propia Amy se había aventurado hasta los calabozos para ir a buscarlo. Cuando vio el óxido acumulado en los variados instrumentos propios de una prisión, frunció el ceño. Al final, se acabó decidiendo por aquel grillete y la posterior limpieza y engrasamiento con aceite demostró que había acertado en la elección. El grillete y la cadena no eran tan buenos como ella hubiera esperado pero... había encontrado una llave. Una llave que abría y cerraba la cerradura. Porque Dios sabía que no quería retener a Northcliff más tiempo del necesario.

El colchón de paja crujió cuando Pom dejó encima del estrecho catre de hierro a lord Northcliff y le quitó la manta.

Amy le dio el farol a la señorita Victorine y, con un poco de miedo, acercó los dedos hasta el cuello del marqués. Notó el pulso fuerte y percibió que lord Northcliff desprendía tanto calor corporal que se llegó a temer que, en algún nivel inconsciente, sabía lo que le habían hecho y ardía de rabia.

Se apresuró a apartar la mano.

—Está vivo.

—¡Gracias a Dios! —la señorita Victorine había insistido en vestirse bien para ir a buscar a lord Northcliff y traerlo hasta su casa como, si en lugar de una víctima, se tratara de un invitado, de modo que ahora llevaba su mejor capa de color morado ribeteado con piel de armiño. El gato, que no dejaba de ronronear, le añadía un elemento de elegancia viva. Se había recogido el pelo en un moño que se había llevado hacía cincuenta años y, con la experta ayuda de

Amy, se había dado un toque rosado en las arrugadas mejillas y en los pálidos labios. Se había puesto un lunar de terciopelo encima del labio superior y se había arreglado las cejas grises. Ahora iba de aquí para allá como una anfitriona a la que le llegan invitados por sorpresa. Encendió el cabo de una vela barata y añadió carbón al fuego de la pequeña estufa de hierro.

Pom le quitó las botas al marqués y lo dejó con los pies colgando de la cama, únicamente cubiertos por los calcetines blancos.

Entonces, con una precisión milimétrica, Amy le colocó el grillete alrededor del tobillo y lo cerró. El sonido del metal contra el metal la hizo retroceder un paso y rascarse la piel de gallina de los brazos.

—Ya está —dijo, con voz firme—. Ya no podrá soltarse.

—Dios mío —la señorita Victorine estaba de pie, con la vela en la mano, inclinada, y la cera goteando en el suelo—. Dios mío.

Después de doblar la manta y colocársela debajo del brazo, Pom se inclinó ante la señorita Victorine.

—Las dejaré con lord Northcliff, señorita Sprott. Si me necesitan, no duden en llamarme.

La señorita Victorine recuperó la compostura. Levantó la vela y acarició el brazo de Pom.

—No te llamaremos. No hay ningún motivo por el que nadie deba saber lo que has hecho y te prometo que moriríamos antes de delatarte ante lord Northcliff.

—Ya lo sé, señora. Y se lo agradezco —Pom subió las escaleras y se dirigió hacia la puerta trasera.

Amy lo acompañó y la cautela que le habían enseñado los años de pobreza y decepciones le hizo preguntarle:

—En el pueblo nadie sabe lo que hemos hecho, ¿verdad?

—Ni idea —Pom se sacó la gorra de pescador, salió de la cocina y desapareció en la penumbra formada por la niebla y la oscuridad de la noche.

¿Qué había querido decir con eso?, se preguntó Amy. ¿Que los habitantes del pueblo no tenían ni idea o que él no tenía ni idea de si sabían algo?

Sin embargo, no vio ningún motivo para preocuparse. Ya estaba hecho y la aventura era tan atrevida, tan inusual, que el propio factor sorpresa ya hacía prever el éxito.

Al menos, eso es lo que se dijo a sí misma. Eso es lo que esperaba.

Pom entró en la taberna y colgó la gorra en el perchero que había junto a la puerta. Cuando se giró, vio que todos lo estaban observando, impacientes.

—Ya está —dijo.

Un suspiro colectivo resopló en el aire.

—¡No nos hagas rabiar, hombre! Explícanos los detalles —su mujer estaba de pie con un trapo en la mano. Se recogió los rizos rubios con una cinta rosa y lo miró con aquellos ojos azules tan brillantes, como si sólo verlo la complaciera, y sonrió.

Pom no entendía por qué, de entre todos los pescadores del pueblo, Mertle lo había escogido a él para casarse, pero se consideraba muy afortunado de tenerla. Le hizo aquel movimiento con la cabeza que quería decir que la quería y añadió:

—Ha salido bien.

Se sentó y, con los codos apoyados en la mesa, esperó a que su mujer le sirviera la cena. Comió como si estuviera muerto de hambre, porque siempre lo estaba. Cuando terminó, cogió la jarra de cerveza y se la bebió de un trago.

Entonces vio que todos seguían observándolo, como si esperaran más información de la que les había dado. No era un hombre de muchas palabras así que, con alguna dificultad, dijo:

—El marqués está encadenado a la pared del sótano de la señorita Victorine. Hemos dejado la nota de rescate para el señor Harrison Edmondson.

—Ese desgraciado —dijo Mertle categóricamente—. ¡Sigue, sigue!

—Ahora tendremos que esperar a ver qué dice lord Northclif cuando despierte —dijo Pom.

—Seguro que no estará muy contento —dijo el párroco Smith, con las manos juntas.

El párroco era un hombre mayor con mechones de pelo blanco en la cabeza y unas cejas canosas muy pobladas. Tenía la barbilla estrecha, el carácter fuerte y la poderosa capacidad para decir obviedades.

Sin embargo, Pom no era un hombre culto y quizá necesitaba que se lo dijeran todo.

—No —admitió, muy serio—. Muy contento no estará.

—¿Crees que el plan de la señorita Rosabel funcionará? —le preguntó Mertle.

Pom se quedó contemplando a su mujer.

—No veo por qué no tendría que funcionar.

—Bueno, a mí no me parece bien —la señorita Kitchen se creía la líder del pueblo e hizo un gesto de menosprecio—. Es vergonzoso que hayas accedido a formar parte de esta historia. ¡Vergonzoso!

En la taberna reinó el silencio ante la reprimenda.

Pom vio perfectamente las dudas que asaltaban las mentes de los habitantes del pueblo e intentó explicar por qué un simple pescador como él había colaborado en tal fechoría.

—La señorita Rosabel tiene razón.

—¿En qué? —preguntó el párroco Smith.

—Lord Northcliff está en deuda con nosotros —dijo Pom—. Está en deuda con la señorita Victorine.

—¿Y por qué íbamos a correr un riesgo así por alguien como ella? —preguntó la señora Kitchen.

Con las manos en las caderas, Mertle se alejó de Pom y avanzó hacia la señora Kitchen.

—Porque, en un momento u otro, ella nos ha ayudado a todos y porque es tan mayor que incluso ayudó a nuestros padres. Es una buena mujer. La mejor. Y sería de cobardes abandonarla en estos momentos.

La señora Kitchen intentó aguantarle la mirada a Mertle pero Pom sabía, por experiencia, que cuando su mujer se enfadaba era imposible aguantarle la mirada. Al final, la señora Kitchen cerró la boca y bajó la mirada.

—Le estamos haciendo un favor al marqués —Mertle miró alrededor del bar, desafiando las dudas de todos—. ¿No es verdad, Pom?

Desde lo más profundo de su alma, Pom pronunció una frase de lo más realista:

—Sí. Así aprenderá. Tiene que saber que ha obrado mal.

—Es un lord —dijo John, agriamente—. Los lords no aprenden nada.

—Tenemos que darle una oportunidad —hacía años que Pom no pronunciaba tantas frases seguidas. Pero ahora tenía que hacerlo. Reconocía la importancia de la situación—. Si no lo hacemos, él seguirá igual hasta que haya pecado tanto que su ennegrecida alma lo arrastre al infierno.